



---

DISCURSO OFICIAL  
PRONUNCIADO  
POR EL CIUDADANO CATEDRÁTICO E INGENIERO,  
VICENTE REYES.

“SEÑORES:

La solemnidad que nos reúne en este lugar, bajo la presidencia del mas alto magistrado del Estado, tiene por objeto celebrar el primer aniversario de la instalacion del Instituto Literario; y honrado mas de lo que merezco con la mision que desempeño, traigo á esta funcion el concurso de mi palabra, pequeño por mi insuficiencia, pero grande por el entusiasmo que siento en mi calidad de mexicano y en mi calidad de morelense, cuando recuerdo que en un dia como este la victoria cubrió con sus laureles la bandera de la República, empuñada por la mano heroica de Zaragoza en los baluartes de Loreto y de Guadalupe; y que dos lustros mas tarde, una administracion liberal é ilustrada inauguró un nuevo santuario consagrado al culto de la religion del porvenir, al culto de la ciencia

Nosotros, los hijos del siglo XIX; nosotros, los hijos del mundo de Colon, tenemos el deber de llenar el vacío que en nuestro modo de ser social dejó la civilización ibérica, que en el siglo XVI se desbordó sobre el continente americano.

Los soldados de Carlos V solo cuidaron de derribar los teocalis de nuestros antepasados, borrando con su mano ruda y fanática esos símbolos de que los pueblos se valen para escribir sobre la faz de la tierra, en caracteres graníticos, la historia de sus hazañas y de sus peregrinaciones, de sus héroes y de sus dioses, del progreso de su industria y del adelantamiento de su civilización; símbolos cuyos restos busca hoy el arqueólogo, animado de científico celo, para reconstruir los anales perdidos de nuestra antigua raza: solo cuidaron los compañeros de Cortés de sembrar de templos la basta extensión de nuestro territorio, pero olvidaron levantar junto á cada templo una escuela. Yo me felicito de haber alcanzado este siglo de luz, este siglo cuyo paso será registrado en los fastos de la humanidad, como el de uno de los que mas han contribuido á sacarla del entorpecimiento secular de las épocas pasadas, impulsándola á pasos gigantescos por el sendero del adelanto, y acelerando su emancipación de la esclavitud que bajo diversas formas le impuso el destino desde su cuna, á fin de fortalecer su espíritu en la lucha que sostiene con los abtáculos que encuentra en su desarrollo progresivo.

La ignorancia, es una de las mas terribles plagas de los pueblos, una de las mas espantosas formas de la esclavitud; y si honra merecen los hombres cuya misión sobre la tierra ha sido la de libertar á sus hermanos del yugo de la tiranía, dignos son tambien del apoteosis aquellos que consagran su existencia á derramar sobre las sociedades la luz vivificadora de la instrucción. Dame un punto de apoyo y levantaré el mundo, decía el Geómetra de Siracusa; y otro

Geómetra, el gran Leibnitz, el digno émulo del gran Newton, ha dicho y con justicia, que la palanca que remueve las sociedades, es la palanca poderosa de la educación.

Para tener un pueblo capaz y digno de ser libre, para tener un pueblo laborioso, para tener un pueblo fiel observante de las leyes, para tener un pueblo celoso defensor de sus derechos, no basta desatarlo del proto del despotismo, no basta desprenderlo de la atmósfera asfixiante de la pereza, no basta señalarle el sendero de la justicia; preciso es sobre todo y antes que todo, poner entre sus manos una fuerza que es incontestable, un arma que no se mella nunca, una riqueza que no se pierde, quiero decir, los tesoros de la ciencia y de la moral, el arma omnipotente de la ilustración, la fuerza de la palabra; y Morelos que así lo ha comprendido, poco tiempo después de haber nacido á la vida federal, quiso que en cada ciudad, en cada aldea, en cada lugar de su territorio donde hubiese una choza, hubiese también un templo, en donde á la clara luz del saber y de la cultura, el niño elevase su oración á la Suprema Inteligencia deletreando el silabario, y para que nada faltara al sistema del nuevo dogma, único digno de la protección del Estado, erigió en la metrópoli una basílica, abierta siempre á todo aquel que quiera iniciarse en los misterios del culto de la ciencia.

¿Para qué demostrar, en medio de un concurso ilustrado, el señalado beneficio que el Estado ha recibido por el establecimiento del Instituto, cuando su utilidad se halla al alcance del mas oscuro labrador de nuestros campos, del mas inculto morador de nuestros pueblos?

El progreso de las ciencias y de las artes, por mas que el ciudadano de Ginebra haya querido sostener lo contrario en su discurso laureado por la academia de Dijon, ha ejercido y ejerce un saludable influjo en el bienestar de las modernas sociedades.

Cuando termina esa época de la historia que llamamos la edad media, la imprenta asoma en los horizontes de la ciencia, y á partir de aquel día, motivo entero de júbilo para todos los que aman la difusión universal de las luces, una inmensa revolucion intelectual se opera en el mundo: el impreso conserva definitivamente la imágen de la palabra, vencido estaba el tiempo por el libro, pero la lucha entre el error y la verdad continuaba.

Galileo aparece en el cielo de la Italia, y acusado de haberse formado de los efectos de la Suprema causa una idea menos mezquina que la concebida por sus predecesores, el fanatismo de sus contemporáneos lo arrastra ante el oscuro tribunal de la fé; mas la sublime conciencia del noble anciano, rebelándose contra la retractacion que acaba de arrancarle la ignorancia, formula ese inmortal "*e pur si muove*" que pasará de siglo en siglo como el testimonio irrefragable de uno de los terribles golpes que el ariete de la razon ha descargado sobre las fantásticas páginas del Génesis.

El astrónomo de Pisa concluye su mision sobre la tierra, se hunde en el ocaso de la vida y ¡oh designios inescrutables del destino! el día en que el mártir del movimiento de nuestro planeta pasa los dinteles de lo desconocido, viene al mundo el gran Newton, esa joya inestimable que bastaria por sí sola para justificar el orgullo de la Inglaterra, y á impulsos de cuyo génio las ciencias físicas y matemáticas se enriquecen con los valiosos secretos que arranca á la naturaleza: perfecciona el análisis de Descartes y abre con su invencion del cálculo de las fluxiones una nueva vía para el progreso de las indagaciones geométricas, sembradas de laureles que irán á recojer en pos del maestro, Leibnitz, Euler, L'Hôpital, Bernouilli, Lagrange; descubre las leyes de la gravitacion universal, completa el sistema del mundo, y ensancha el círculo de los humanos conocimientos en la ciencia de la luz.

Pero de mediados del siglo pasado á esta parte todo marcha con una rapidez vertiginosa: la química, desprendiéndose de los atavíos del nigromante, prescinde de su sueño dorado, el hallazgo de la piedra filosofal, y se consagra á crear una multitud de productos útiles á la medicina, á la industria, á las artes; la física ya no es una ciencia puramente recreativa y todas y cada una de sus ramas encuentran útiles aplicaciones en las necesidades de la vida.

Arquímedes descubre en el baño el famoso principio que habia de servirle para juzgar de la mala fé del artifice que hizo una corona para su soberano; y el “eureka” del hombre inmolado por un rudo soldado de Roma, pasando á través de las edades, vibró á los oídos de los hermanos Mongolfier, el globo fué, y si hoy en su vuelo por el espacio es todavía el juguete de las corrientes atmosféricas, un dia vendrá en que seguirá majestuoso la ruta que le marque la voluntad del hombre, y en espera de ese instante solemne, Watt ha encerrado el vapor en sus calderas, y haciéndolo obrar sobre los émbolos, pone en movimiento en las fábricas las máquinas que son el alma de la industria moderna; y Cugnot y Seguin y Stephenson las llevan sobre los caminos de fierro, economizando la fuerza de la sangre, centuplicando la rapidez de las comunicaciones, dando incremento á las transacciones mercantiles, paz y prosperidad á los pueblos.

Galvani descubre en sus estudios sobre la rana un secreto destinado á cambiar la faz de las naciones, y de la lucha memorable que sostiene con el célebre Volta nace la electricidad dinámica, poderoso instrumento que en las manos de Davy sirve para aislar el potasio, el sodio, el estroncio, el calcio; encuentra brillantes aplicaciones en la terapéutica; sirve en las festividades públicas para engendrar la mas brillante de las luces que pueda producir el hombre, y en las manos de Ampère, Weathstone y de Morse se convierte en el telégrafo, el telégrafo que acorta las distancias, que

rivaliza en celeridad con el pensamiento, y que es el eslabon que une á los pueblos, á pesar de las soledades del espacio, á pesar de los espantosos abismos de los mares.

Y si por un momento nos fijamos en los progresos de la óptica, veremos á Arago y á Fresnel coronando con su aparato lenticular los faros que se encienden en nuestras costas para servir de guía á los navegantes, veremos á Niepce y á Daguerre armados de su ingenioso aparato con ayuda del cual podemos, mas felices que nuestros abuelos, conservar las perfectas imágenes de las personas cuya memoria nos es mas cara, de los lugares cuyo recuerdo nos es mas grato; veremos á Elrenberg descubrir con auxilio del microscopio el mundo de los infinitamente pequeños, descubriéndonos las costumbres, la vida, los juegos de sus habitantes, que no por ocupar el último lugar en la escala de la magnitud de los séres animados, son menos dignos de la contemplacion del sábio y de la admiracion del filósofo.

¿Mas, para qué citar otros ejemplos? ¿Para qué hablar de las aplicaciones de las matemáticas en la astronomía, en la geografía; para qué recordar la utilidad de aquellas ciencias en el comercio, en la navegación, en la mecánica, en el arte de la guerra, en el arte del dibujo; para qué mencionar la importancia de la botánica y de la zoología en la agricultura y en la medicina, en la industria y en la geología; para qué, en fin, hacer resaltar el influjo que el cultivo de la ciencia ejerce sobre el hombre; levantándolo mas y mas sobre el nivel de los otros séres y elevando sin cesar su espíritu hácia su Creador?

Yo, que tengo las ideas de mi tiempo, que tengo fé en los destinos de la humanidad, aplaudo todo aquello que tiende á su perfeccionamiento, y en este acto solemne hago los mas fervientes votos porque nuestro Instituto, para honra del Estado y para honra de la República, sea la cuna de un Cassini, que armado del sextante, y del cronómetro y

del telescopio vaya de pueblo en pueblo observando los astros y reformando la incorrecta carta de nuestro inexplorado territorio; de un Linneo que recorriendo nuestros campos, aumente el catálogo de nuestra Flora, clasificando las numerosas familias vegetales, aún ignoradas, que cubren nuestro suelo privilegiado y señalando sus aplicaciones; de un Buffon que en los anales de nuestra Fauna registre los seres que pueblan nuestros bosques y en los cuales aun no se ha fijado la atención del zólogo, de un Leopoldo de Buch que fije la edad de nuestras rocas, la época del levantamiento de nuestras cordilleras, la naturaleza de nuestros terrenos, cuyo estudio es tan importante para el geólogo; y que á la luz de la antorcha del progreso, en las estalágmicas que tapizan el suelo y en las estaláctitas que decoran las bóvedas de la caverna de Cacahuamilpa, compute los minutos que han destilado de esa eterna elepsídra, evaporándose en los abismos del pasado, y deduzca cuántos siglos se ha recreado la naturaleza en la formación de esas galerías inmensas, esos intercolumnios majestuosos, esas formas tan variadas y tan caprichosas, que con justa razón escitan la contemplación del sábio y la curiosidad del viajero.

Y vosotros, futuros ciudadanos, que hoy comenzais á sentir de la ciencia las espinas y cuya luz principia á reflejarse en vuestras frentes; vosotros, cuyos talentos os llamarán mas tarde á reemplazarnos en la cátedra; vosotros, cuyas virtudes cívicas os llevarán algun día á la asamblea municipal, á la asamblea legislativa; vosotros, los obreros del porvenir, que teneis la misión de ir á enseñar á nuestros hermanos el dogma de la razón, que acabará de echar por tierra los errores y las preocupaciones que aun permanecen en pié á pesar de la Reforma; vosotros, los encargados de predicar el Evangelio de la libertad y del progreso, id y depositad en las celdillas de la civilización la miel de las ideas de nuestro siglo, que ha de servir de alimento á las



generaciones que vienen; mas cuando tras de las crestas de nuestras gigantescas cordilleras, veais asomar el sol del quinto dia de Mayo, coloreando la nevada cima de nuestros volcanes, saludadlo con el hosanna de la gratitud y de la admiracion, porque es el sol que brilló sobre los muros de la Zaragoza del Anáhuac, fotografiando sobre las frentes de sus heróicos defensores la victoria; saludadlo porque es tambien el sol que hace un año brilló sobre la cuna del plantel que os sustenta con el pan bendito de la ilustracion.—DICE.”



